

su desenvolvimiento, á la elevacion progresiva de su sér hácia la divina perfeccion, el cristianismo, á no dudarlo, supone é inspira la libertad. "Amad á Dios y al prójimo." Puesto que este amor infinito resume toda la religion, preciso es decir que no es sino la religion del espíritu. Los Judíos hacian consistir la religion en ciertos ritos á los cuales añadieron los cristianos los sacramentos y otros actos misteriosos ó mágicos que han hecho degenerar el cristianismo en una religion externa. Pero el cristianismo de Jesucristo no es ese: la religion del espíritu no puede identificarse con la pura forma, ni con la supersticion, ni con la magia; esa religion no puede realizarse sino en una piedad interior que tenga su asiento y encuentre su fuerza en el alma del hombre. Esta piedad interior no es la de los santos católicos; la suya es casi siempre inútil á los hombres, siendo así que el Maestro dijo que la perfeccion de la ley consistía en amar al prójimo: el cristianismo debe llevarnos á una santidad práctica.

Hé ahí la esencia del cristianismo, y, por consiguiente, la esencia de la Reforma. La libertad, la espiritualidad, la piedad interior, la santidad práctica, tales son los elementos que es preciso conservar y desarrollar, y así *cumplirémos*, en el sentido indicado por Jesucristo, y así llegará el mundo á regenerarse. Mr. Réville sabe que es grande el número de los que piensan que el deber les ordena todo lo contrario, y pregunta si los ortodoxos tienen ojos para no ver y oídos para no oír. ¿Pretenden detener á la sociedad en la pendiente en que está lanzada? ¿Esto sería tan ilusorio como tratar de detener á una locomotora que marcha á todo vapor, colocándose delante de ella! Los ortodoxos quieren á todo trance conservar la Iglesia en el estado en que se halla, sin echar de ver que este es el medio más seguro de arruinarla. ¡Y reconviene á la sociedad por su incredulidad! ¡Ay! ¿En qué quereis que crea? Aquí no ve más que una Iglesia gobernada por sordos y viejos sacerdotes que no nos comprenden, que no conocemos y que nos hablan una lengua extraña. Allá ve otras Iglesias, más culpables aún, que reniegan su espíritu y el principio que les dió vida, y que pretenden imponer al siglo XIX lo que ya rechazaba el siglo XVII. ¡Y se quiere que la sociedad moderna se convierta á esas antiguallas!

Si la Iglesia protestante ha de permanecer fiel

á su mision, es preciso que éntre con firme y decidido paso en la vía del progreso, que es también la del porvenir, y que será para ella el camino del triunfo. No se trata de abolir la Reforma, sino de cumplirla, de cumplirla como Jesús quería que se cumpliesen la ley y los profetas, de cumplirla separando el espíritu de la letra, lo eterno de lo temporal y lo permanente de lo caduco (1). Estas palabras de Mr. Réville son considerables: ellas implican la necesidad de una revolucion religiosa análoga á la que inauguró Jesucristo. Nosotros creemos que sólo con esa condicion podrá el cristianismo llegar á ser la religion de las sociedades modernas.

#### IV.

La necesidad de una revolucion religiosa es una idea que está en la conciencia de todos y que arrastra á los mismos que la resisten. Ya hemos oído á los ultramontanos como de Maistre y Lamennais; oigamos á los ortodoxos protestantes, quienes, á su vez, se hacen profetas. Sabido es que el cristianismo tradicional celebra la Pentecostés, día en que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, y que viene á ser como el aniversario de la fundacion de la Iglesia. Pues bien, los ortodoxos esperan una nueva efusion del Espíritu Santo. Podría objetárseles que esa esperanza no es ortodoxa. ¿Dice la Escritura que habrá una segunda Pentecostés? Además, ¿no sería eso suponer y creer que habrá una nueva religion, por más que ella fuera fundada por el Espíritu Santo? Pero ¿dónde se ha dicho que la tercera persona de la Trinidad vendrá á deshacer lo que hizo la segunda? Mas no disputemos con los ortodoxos sobre su ortodoxia, y atengámonos á comprobar los hechos. Y los hechos nos enseñan que en Inglaterra se han formado reuniones y congregaciones en las cuales se ruega á Dios que envíe su Espíritu Santo al mundo y especialmente á la Iglesia protestante; hasta ahora no sabemos que Dios haya escuchado esos ruegos, pero no hay que desesperar de nada. Hace algunos años, los pastores protestantes se dieron cita en Berlin, y estuvieron unánimes en proclamar que la confesion de Augsburgo debía ser mantenida en toda su integridad. Hé ahí la

(1) RÉVILLE, *Conférences sur le Christianisme*, troisième conférence, p. 19.

parte concedida á la inmutabilidad. Pero junto á ese grito conservador resuena un llamamiento revolucionario: ¡no es posible salvarse sin una nueva efusion del Espíritu Santo! Y en los púlpitos y en los escritos se repite que se necesita una segunda Pentecostés. ¿Qué significa esto? Que se suspira por un milagro... ¡Como si no hubiera bastantes! ¿No es eso confesar que la vieja religion se desmorona y que se necesita otra nueva? Pues los liberales no piden otra cosa; sólo que ellos no piden un milagro: tienen confianza en el gobierno providencial. Si la revolucion es necesaria, podemos estar bien seguros de que llegará á cumplirse (1).

Pero el Espíritu Santo no viene, se han dicho los luteranos; y puesto que permanece sordo á nuestros ruegos, dirijámonos á Cristo. Y recordaron que Jesús predijo el próximo fin del mundo y su próxima aparicion en las nubes para juzgar á los hombres; otros creyeron ya que era para fundar la nueva Jerusalem é inaugurar sobre la tierra durante mil años el reino de los santos. El fin *próximo* ha tardado; pero ¿quién sabe si *próximo* no quiere decir dos mil años? De todos modos, la prediccion debe cumplirse. El mundo concluirá, y con él los males de la Iglesia, y despues podemos esperar el cielo, ó un reino de mil años sobre la tierra, lo que tal vez sea más seguro. El reino de mil años, el paraíso, la edad de oro, todos esos sueños son de la misma familia... de los sueños; todos dejan suponer que el mundo está descontento del presente y que se desea un cambio, una revolucion, como decimos en nuestro revolucionario siglo. Y en cuanto á revoluciones, de seguro no puede darse una más radical que la que esperan los protestantes ortodoxos. Los demócratas, los socialistas, los comunistas se contentarian con una reforma política ó social. ¡Bah! los protestantes ortodoxos necesitan otra tierra y otro cielo. La luna les parece demasiado pequeña y el sol no es para ellos bastante grande. Y luego ¿qué vale esa agua que corre en nuestros rios y llena nuestros mares? ¡Si fuera leche, ó néctar, ó tan siquiera champagne, y si todo lo demás estuviera en armonía! Un escritor católico muy sabio y malicioso compara á los doctores protestantes con los médicos llamados á la cabecera de un enfermo desahuciado. El enfermo es aquí el protestantismo. Los médicos le

dicen: "Paciencia, vuestros males van á tener fin; vais á curaros radicalmente." Lo cual significa que el paciente se larga por la posta. Una confesion más de que la fe agoniza, de que se muere y de que es preciso un milagro para salvarla. En una palabra, milagrosa ó no milagrosa, lo que se pide es una revolucion, y eso es lo esencial. ¿No sería más sencillo confesar que es necesaria una renovacion religiosa? Los escritores protestantes prefieren atenerse al Apocalipsis. Enhorabuena, eso es más cómodo. Una revolucion, cuando son los hombres los que la hacen y los que deben sellarla con su sangre, no es una broma. Mientras que si se hace por obra de la Trinidad, nada tenemos que hacer sino esperar... que se opere el milagro (1).

No, dicen otros teólogos, las cosas no sucederán así: hay una sucesion de Iglesias, sucesion que supone un progreso. En un principio, San Pedro fundó la Iglesia romana, Iglesia medio judaica; despues vino San Pablo, en cuya doctrina se inspiraron los reformadores del siglo XVI. Queda un tercer apóstol que aún no se ha puesto á contribucion, San Juan. Fundemos, pues, una Iglesia segun San Juan. ¡Cosa singular! Los primeros que emitieron esa idea fueron los filósofos, Fichte y despues Schelling. Los ortodoxos hubieran debido desconfiar de ella á causa de su origen. Pero, lejos de eso, se la apropiaron y se encariñaron con ella de tal modo, que ya no hay entre ellos quien no sepa de memoria que San Juan va á fundar una tercera Iglesia (2). Que la hipótesis de los filósofos implica una revolucion religiosa es cosa evidente; y también lo es que la religion de la caridad, de la humanidad ocupará el puesto de una religion fundada sobre la autoridad ó sobre la fe. Falta saber cómo se cumplirá esa revolucion. San Pablo, segun dicen, estableció la Iglesia protestante, cosa que creemos, á pesar de las protestas de los católicos; pero San Pablo no vino en persona á combatir á San Pedro: fué Lutero quien se inspiró en el gran apóstol. ¿Habrá otro reformador que se inspire en San Juan? Pero ¿en qué San Juan? porque hay el San Juan verdadero, el autor del Apocalipsis; y si es éste el que debe fundar una Iglesia, entonces tendrémós la nueva Jerusalem y el reino de los mil años, porque tal es el cristianismo del Apocalipsis. Y hay también otro San Juan fabu-

(1) DOELLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 481.

(1) DOELLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 482, 483.

(2) DOELLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 478, 479.

loso, el autor del cuarto Evangelio, el cual San Juan tiene todas las trazas de un neoplatónico convertido. ¿Es este anónimo quien tendrá el honor de inaugurar la última edad del cristianismo? No vemos inconveniente en que se tome de él la idea de una religión puramente espiritual; pero entonces entramos en el orden de ideas de los protestantes liberales. De todo ello viene á deducirse, como verdad incontestable, que las opiniones más opuestas van á parar á esta conclusión: necesidad absoluta de una renovación religiosa.

¿Cómo sucede que los ortodoxos pidan á voz en grito una revolución, ya sea por obra de San Juan, ya por obra del Espíritu Santo, ya por obra de Jesucristo? ¿No están en posesión de la verdad revelada por Jesús y escrita en un libro dictado por el Espíritu Santo? ¿Qué más podría decir ni hacer la Trinidad, aunque viniera en persona á la tierra? ¿Hay acaso dos verdades absolutas? No, no hay más que una. Luego aunque una ú otra de las personas de la Trinidad hicieran de ella una segunda edición, no podrían ni corregirla ni aumentarla. Menester es que el malestar sea bien grande para que se recurra á un remedio que nada remediaria. Y en efecto, por donde quiera se oyen las mismas quejas, lo mismo en Berlín que en Roma: «¡Ya no hay fe! gritan; ¡ya no hay fe ni abajo ni arriba! Por más que nos atengamos á la predicación del Evangelio en toda su sencillez, en toda su pureza, no encontramos en las mesas más que indiferencia ú oposición. Las columnas de la ortodoxia se derrumban una tras otra. Han llegado los últimos tiempos, y el Antecristo está á nuestras puertas», (1). Este grito de angustia es un signo del tiempo: el Antecristo no piensa en venir, ni tampoco vienen el Espíritu Santo ni Cristo. La ortodoxia desespera de sí misma, y en ello no le falta razón. Dejemos, pues, á los muertos y dirijámonos á los vivos.

### § III.—El cristianismo de Jesucristo.

#### N.º 1.—Regreso al cristianismo de Jesucristo.

##### I.

Se necesita una reforma en la Reforma. ¿Cuál será el objeto de ella? Hay una idea, un voto, una

(1) Véanse los testimonios en DOBLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 432.

necesidad que crece todos los días: libres pensadores y protestantes avanzados están de acuerdo en pedir la vuelta al cristianismo de Jesucristo. ¡Cosa singular! precisamente en el momento en que hasta en los pulpitos cristianos se repudia la divinidad de Jesús, y en que hasta los mismos pastores le vuelven la espalda á la ortodoxia tradicional, es cuando el nombre del Mártir del Gólgota se glorifica como no se glorificó jamás, y cuando todos proclaman á porfía que el cristianismo es la religión absoluta. Vamos á citar algunos testimonios, entre los muchos que pudiéramos exhibir, empezando por algunas palabras de un poeta, grande entre los grandes, Goethe, quien, por la naturaleza de su genio, parece más simpático á los dioses del Olimpo que á Jesús Nazareno: «Por mucho que progrese la cultura intelectual, por mucho que las ciencias naturales extiendan nuestros conocimientos, por mucho que se ensanche el espíritu humano, imposible será sobrepujar la grandeza del cristianismo ni su cultura moral, tales como ellas resplandecen en los Evangelios.» Pero hay un testimonio aún más considerable, el de Strauss, el autor de la *Vida de Jesús*, á quien se acusa de negar la realidad histórica de Cristo y de haber hecho de él un mito. Strauss ha escrito algunas páginas sobre el Hijo del Hombre que merecen ser conocidas. Autores muy populares se han inspirado en ellas, y las ideas que él expresa han llegado á ser casi lugares comunes (1).

¿Habrá llegado la última hora del cristianismo? Strauss confiesa que á los hombres imbuidos en la civilización moderna ya no les queda más que un culto, el culto del genio. Pero ¿no es también un genio Jesucristo y no debe tener, como tal, su parte en la adoración que consagramos á los grandes espíritus, por los cuales se revela á la humanidad el Padre de todos los genios? Lo que caracteriza al genio es la armonía en las facultades de que Dios ha dotado al alma humana. En los hombres ordinarios, cada facultad tiende á desarrollarse á expensas de las otras; por el contrario, en el hombre de genio, lejos de entrenchocarse y combatirse, viven en paz y concurren, sin lucha y como por una necesidad de la naturaleza, á cumplir lo que conviene hacer en cada instante de la vida. Pues bien, que se nos muestre en la historia del género huma-

(1) STRAUSS, *über Vergänglichliches und Bleibendes im Christenthum* (Zwei friedliche Blätter, p. 101 y siguientes).

no un alma más armoniosa, más límpida y más clara que la de Jesucristo. Las tempestades pueden atormentarla, pero no consiguen turbarla. ¿Se prefiere encontrar la marca del genio en una grande idea que inspire toda la vida, que determine el pensamiento y las acciones, que absorba todo el ser hasta el extremo de que aquel que por ella se halle poseído le sacrifique de buen grado su existencia? Que se nos muestre un ideal superior al de Cristo, que se nos muestre un hombre que en más alto grado haya tenido el poder de la abnegación y del sacrificio.

Tal vez se prefiera, en nuestro siglo de acción y de movimiento, el genio que obre con más poder sobre los hombres, que los atraiga como por una fuerza magnética, pero que por lo mismo provoque también pasiones hostiles, así como el sol, al calentar la tierra, produce nubes que muchas veces le velan y oscurecen. ¿Quién ha excitado, en este supuesto, simpatías más ardientes ni odios más furiosos que Jesucristo? También nos preguntamos qué hombre de genio es el que más influye en la posteridad, y concedemos la corona á aquel que conduce á la humanidad hácia los términos de sus destinos. Pues aún bajo este supuesto, ¿quién merece ser glorificado más que Jesús? ¿Quién, como él, ha removido el mundo durante siglos? ¿Quién ha abierto á la humanidad una más ancha vía de progreso incesante?

Hé ahí una verdadera apoteosis, dirán los libres pensadores, mientras que los creyentes gritarán: ¡blasfemia! Á los ojos de éstos, se rebaja á Jesucristo exaltándole. La humanidad le adoraba como Hijo de Dios, coeterno del Padre, y ahora se le hace descender de su celeste trono, para colocarle en la misma línea que los hombres extraordinarios, quienes, sin perjuicio de ser los elegidos de Dios, llevan en su vida y en sus obras la marca de la imperfección humana. Según la fe, hay en esto degradación; pero esa fe es ciega, es la idolatría que rechazan hoy todos los que piensan, y á éstos es precisamente á quienes nos dirigimos. Jesús no dijo nunca que él fuera Dios: se llamó Hijo del Hombre, y algunas veces Hijo de Dios, mas como se lo habían llamado David y Salomón. Pero si Israel es hijo de Dios, ¿por qué no lo será también la Grecia? Si los profetas merecen ese nombre, ¿por qué no se le daremos á Homero y á Sócrates? Para los creyentes, el Hijo de Dios es, so-

bre todo, un Salvador; pero ese título no puede ser tampoco el patrimonio exclusivo de un solo hombre. Si Jesucristo nos libertó del yugo de la ley y de los errores del paganismo, ¿no tuvo precursores en los Griegos que contribuyeron á la misma obra? ¿No nos libertaron de las cadenas de una vergonzosa ignorancia los grandes genios que nos revelaron los secretos de la naturaleza? ¿No han salvado á la humanidad los filósofos, reivindicando la libertad de pensar? ¿Es envilecer á Cristo colocarle en primera fila entre los bienhechores de la humanidad?

En el genio hay diferentes grados, y no ofrecemos á todos el mismo culto. Y no porque se pueda establecer una jerarquía entre los filósofos y los artistas, entre los poetas y los guerreros. ¿Quién podrá decir, entre Platón y Sófocles, entre Mozart y Napoleón, cuál de ellos es más grande? Pero la conciencia general no vacila en colocar sobre todos los hombres de genio, en una categoría aparte y superior, á los fundadores de religión. Y esto no es una preocupación cristiana. Para que pueda haber filósofos y poetas, guerreros y artistas, es necesario, ante todas cosas, que haya hombres. Esto supuesto, ¿quién forma á los hombres? ¿Quién los eleva sobre la animalidad en que nacen? ¿No es la religión tomada en su más alta acepción? ¿Qué habría cantado Homero si se le hubiera colocado en una tribu salvaje? ¿Qué habría pintado Rafael si hubiera nacido entre los caribes? El hombre no es hombre sino cuando tiene conciencia de su espiritualidad y de su libertad. Y ¿qué es lo que le da esa conciencia, sino es la razón, ó, lo que es lo mismo, la religión? No sin motivo coloca la humanidad en primera línea á los genios bienhechores que le han enseñado que tiene un Padre en los cielos. ¿No es esta la causa profunda de la deificación de los reveladores? Y si fuera posible hacer al hombre el igual de Dios, ¿quién más digno de ese culto que Jesucristo?

Hé ahí á Jesús elevado sobre los más grandes genios que honran y consuelan á la humanidad. Sin embargo, de creer á Strauss, todavía no ocupa el puesto que merece. Hasta ahora es el primero entre los primeros; pero ¿no debemos ir más allá y decir que es el único? Los genios religiosos no se distinguen únicamente por su misión de los filósofos, de los artistas y de los guerreros; se distinguen porque son de naturaleza diferente. Ocupados en vencer las malas pasiones que combaten á los